

Sombra  
y  
Hueso

PRIMER CAPÍTULO

LEIGH BARDUGO

 Editorial Hidra



CAPÍTULO  
1

**D**e pie al borde de una carretera llena de gente, bajé la mirada hasta los ondulados campos y las granjas abandonadas del Valle Tula, y vi la Sombra por primera vez. Mi regimiento estaba a dos semanas de marcha del campamento militar de Poliznaya, y aunque el sol del otoño era cálido me estremecí dentro de mi abrigo mientras observaba la niebla que yacía como una mancha sucia en el horizonte.

Un pesado hombro me golpeó por detrás. Tropecé y casi me caí de cara sobre el barro de la carretera.

—¡Eh! —gritó el soldado—. ¡Ten cuidado!

—¿Por qué no tienes cuidado tú con tus pies de elefante? —solté, y me produjo cierta satisfacción el gesto

de sorpresa que cruzó su ancho rostro. La gente, especialmente los hombres grandes con rifles grandes, no esperan que una flacucha como yo les conteste. Siempre se quedan un poco aturdidos.

El soldado se recuperó rápidamente y me lanzó una mirada envenenada mientras se ajustaba la mochila a la espalda. Después desapareció en la caravana de caballos, hombres, carros y vagones que bajaban desde la cima de la colina hasta el valle que había abajo.

Aligeré el paso, tratando de mirar por encima del gentío. Había perdido de vista la bandera amarilla del carro de los cartógrafos hacía horas, y sabía que me había quedado muy atrás.

Mientras caminaba, aspiré los aromas verdes y dorados del bosque en otoño, mientras la suave brisa soplaba a mi espalda. Estábamos en la Vy, la ancha carretera que tiempo atrás conducía desde Os Alta hasta las acaudaladas ciudades portuarias de la costa occidental de Ravka. Pero eso era antes de la Sombra.

En algún lugar entre el gentío, alguien estaba cantando. *¿Cantando? ¿Qué idiota se pone a cantar de camino a la Sombra?* Volví a echar una ojeada a esa mancha en el horizonte y tuve que reprimir un escalofrío. Había visto la Sombra en muchos mapas, un tajo oscuro que había separado a Ravka de su única salida al mar, dejándola aislada. A veces la mostraban como una mancha, y otras, como

una nube sombría y sin forma. Y luego estaban los mapas que tan solo mostraban la Sombra como un lago largo y estrecho, llamándolo por su otro nombre, el Nocéano, un nombre pensado para tranquilizar a los soldados y mercaderes y así fomentar las travesías.

Resoplé. Puede que logran enganar a algún mercader sebo, pero a mí me servía de poco consuelo.

Retiré mi atención de la siniestra neblina que se cernía en la distancia y bajé la mirada hasta las granjas en ruinas del Tula. El valle había sido una de las zonas más ricas de Ravka. Un día fue un lugar donde los granjeros atendían sus cosechas y las ovejas pastaban en verdes campos. Al siguiente, un tajo negro había aparecido en el paisaje, una franja de oscuridad casi impenetrable que crecía cada año y estaba infestada de horrores. Nadie sabía adónde habían ido los granjeros con sus rebaños, sus cosechas, sus hogares y sus familias.

*Para, me dije con firmeza. Solo estás empeorando las cosas. La gente lleva años cruzando la Sombra... aunque normalmente con muchísimas bajas.* Respiré hondo para calmarme.

—No te desmayes en medio de la carretera —dijo una voz cerca de mi oreja al tiempo que un fuerte brazo aterrizaba sobre mis hombros y me daba un apretón. Levanté la mirada para ver el familiar rostro de Mal, cuya

sonrisa alcanzaba sus brillantes ojos azules mientras él se adaptaba a mi paso—. Vamos. Un pie enfrente del otro. Ya sabes cómo se hace.

—Estás interfiriendo con mi plan.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Desmayarme, ser pisoteada y acabar con horribles heridas por todas partes.

—Parece un plan brillante.

—Ah, pero si estoy horriblemente mutilada no seré capaz de cruzar la Sombra.

Mal asintió lentamente.

—Ya veo. Puedo tirarte debajo de un carro, si eso ayuda.

—Lo pensaré —refunfuñé, pero me estaba poniendo de mejor humor. Pese a todos mis esfuerzos, Mal seguía teniendo ese efecto en mí. Y no era la única. Una rubia muy guapa pasó junto a nosotros y saludó con la mano, lanzándole a Mal una mirada coqueta por encima del hombro.

—Eh, Ruby —la llamó él—. ¿Nos vemos luego?

La chica se rio y fue corriendo hacia el gentío. Mal esbozó una amplia sonrisa hasta que me vio poniendo los ojos en blanco.

—¿Qué? Pensaba que Ruby te caía bien.

—Resulta que no tenemos mucho de lo que hablar —dije secamente. En realidad sí que me había caído bien

Ruby, al principio. Cuando Mal y yo dejamos el orfanato en Keramzin para entrenar en el servicio militar de Poliznaya, me ponía nerviosa lo de conocer gente nueva, pero a muchas chicas les emocionaba la idea de ser amigas mías, y Ruby siempre fue una de las más entusiastas. Esas amistades duraron hasta que me di cuenta de que el único interés que ellas tenían en mí era mi cercanía con Mal.

Lo observé estirar ampliamente los brazos y levantar la mirada hacia el cielo otoñal, con aspecto de total satisfacción. Me di cuenta con asco de que incluso caminaba con más energía.

—¿Qué pasa contigo? —susurré con furia.

—Nada —replicó él, sorprendido—. Me siento genial.

—Pero, ¿cómo puedes estar tan... animado?

—¿Animado? No estoy animado. No sé a qué te refieres

—Ah, ¿no? Entonces, ¿de qué va todo esto? —pregunté, agitando una mano hacia él—. Parece que vas de camino a una cena estupenda en lugar de a tu posible muerte y desmembramiento.

Mal se rio.

—Te preocupas demasiado. El Rey ha enviado un grupo entero de pirómanos Grisha para cubrir los esquifes, y también a algunos de esos espeluznantes Mortificadores. Nosotros tenemos los rifles —añadió, golpeando el que llevaba a la espalda—. Estaremos bien.

—Un rifle no será de mucha ayuda si el ataque es de los malos.

Mal me miró desconcertado.

—¿Qué te pasa últimamente? Estás aún más gruñona de lo habitual, y tienes un aspecto horrible.

—Gracias —gemí—. No he estado durmiendo muy bien.

—¿Y cuál es la novedad?

Tenía razón, por supuesto. Nunca había dormido bien, pero esos últimos días había sido incluso peor. Los Santos sabían que tenía muchas razones para no querer ni acercarme a la Sombra, razones que compartían todos los desafortunados miembros de nuestro regimiento que habían sido elegidos para cruzar. Pero había algo más, un profundo sentimiento de intranquilidad que no era capaz de expresar con palabras.

Miré a Mal. Hubo un tiempo en el que se lo podía contar todo.

—Tengo... una sensación extraña.

—Deja de preocuparte tanto. Puede que nos pongan con Mikhael en el esquiife. Los volcra en cuanto vean esa enorme barriga sudada nos dejarán en paz.

De pronto, me asaltó un recuerdo: Mal y yo, sentados codo con codo en una silla de la biblioteca del Duque, pasando las páginas de un gran libro encuadernado en piel. Habíamos encontrado la ilustración de un

volcra: garras alargadas y sucias, alas membranosas, e hileras de dientes afilados como cuchillas listos para darse un festín de carne humana. Eran ciegos por haber pasado generaciones viviendo y cazando en la Sombra, pero según la leyenda podían oler la sangre humana a kilómetros de distancia. Yo había señalado la página para preguntar:

—¿Qué está sujetando?

Aún podía oír el susurro de Mal en mi oreja.

—Creo... Creo que es un pie.

Habíamos cerrado el libro antes de salir corriendo y gritando hacia la seguridad de la luz del sol.

Sin darme cuenta, había dejado de caminar, congelada en donde estaba, incapaz de librarme del recuerdo. Cuando Mal se dio cuenta de que no seguía con él, soltó un gran suspiro de resignación y caminó hacia mí. Colocó las manos sobre mis hombros y me sacudió un poco.

—Estaba de broma. Nadie va a comerse a Mikhael.

—Lo sé —dije, mirándome las botas—. Eres muy gracioso.

—Venga ya, Alina. Estaremos bien.

—No puedes saberlo.

—Mírame —dijo, y yo me obligué a levantar mis ojos hasta los suyos—. Sé que tienes miedo, y yo también lo tengo. Pero vamos a conseguirlo, y vamos a estar bien. Como siempre. ¿Vale?



Sonrió, y mi corazón palpitó con fuerza en mi pecho.

Me froté con el pulgar la cicatriz que cruzaba la palma de mi mano derecha y tomé aliento, temblorosa.

—Vale —acepté a regañadientes, y sentí que le devolvía la sonrisa de forma sincera.

—¡Los ánimos de la dama han sido restaurados! —gritó Mal—. ¡El sol puede volver a brillar!

—Oh, ¿por qué no te callas?

Me giré para darle un puñetazo, pero, antes de poder hacerlo, me cogió y me levantó del suelo. Un ruido de pezuñas y gritos partió el aire. Mal me arrastró hasta un lado de la carretera mientras un enorme carruaje negro pasaba rugiendo, y la gente se dispersó para evitar ser arrollados por las retumbantes pezuñas de cuatro caballos negros. Junto al cochero que blandía un látigo se encontraban dos soldados con abrigos de color carbón.

El Oscuro. Su carruaje negro y el uniforme de su guardia personal eran inconfundibles.

Otro carruaje, esta vez lacado en rojo, pasó retumbando junto a nosotros a un ritmo mucho más pausado.

Levanté la mirada hacia Mal, con el corazón latiendo frenéticamente por lo cerca que había estado.

—Gracias —susurré. De pronto, Mal pareció darse cuenta de sus brazos seguían rodeándome. Los quitó y retrocedió apresuradamente. Me limpié el polvo del abrigo, esperando que no se percatara del rubor de mis mejillas.

Un tercer carruaje pasó junto a nosotros, lacado en azul, y una chica se asomó por la ventana. Tenía el pelo negro y rizado, y llevaba un gorro de piel de zorro plateado. Echó un vistazo a la multitud que la observaba y, como era de esperar, sus ojos se detuvieron en Mal.

*Acabas de quedarte embobada con él, me reprendí. ¿Por qué no habría de hacerlo una hermosa Grisha?*

Los labios de la chica se curvaron en una pequeña sonrisa mientras sostenía la mirada de Mal, observándolo por encima del hombro hasta que el carruaje se perdió a lo lejos. Él se la quedó mirando como un tonto, y con la boca ligeramente abierta.

—Cierra la boca antes de que se te meta algún bicho —solté.

Mal pestañeó, aún con aspecto aturdido.

—¿Has visto eso? —bramó una voz. Me giré y vi a Mikhael acercándose a zancadas, con una expresión de asombro casi cómica. Mikhael era un enorme pelirrojo de cara ancha y un cuello aún más ancho. Tras él, Dubrov, esbelto y moreno, se apresuraba a seguirle el paso. Los dos eran rastreadores de la unidad de Mal y nunca estaban muy lejos de él.

—Pues claro que lo he visto —replicó Mal, cuya expresión de atontamiento se desvaneció en una sonrisa arrogante. Puse los ojos en blanco.

—¡Te estaba mirando! —gritó Mikhael, dándole unas palmadas en la espalda. Mal se encogió de hombros, fingiendo indiferencia, pero su sonrisa se ensanchó.

—Sí que lo hizo —dijo con suficiencia.

Dubrov se movía con nerviosismo.

—Dicen que las chicas Grisha pueden hechizarte.

Yo resoplé, y Mikhael me miró como si ni siquiera se hubiera dado cuenta de que estaba allí.

—Eh, Palillo —saludó, y me dio un golpecito en el brazo. Fruncí el ceño ante el mote, pero ya se había vuelto de nuevo hacia Mal—. ¿Sabes? La chica se quedará en el campamento —le contó con malicia.

—He oído que la tienda de los Grisha es tan grande como una catedral —añadió Dubrov.

—Con un montón de recovecos oscuros —dijo Mikhael, y movió las cejas.

Mal soltó un grito de alegría. Sin mirarme ni una vez más, los tres se alejaron a grandes pasos, dando voces y empujándose entre ellos.

—Encantada de veros, chicos —murmuré en voz baja. Me ajusté la tira de la bandolera a los hombros y continué andando por la carretera, hasta que me uní a los rezagados que bajaban por la colina para ir a Kribirsk. No me molesté en darme prisa. Probablemente me reprenderían cuando llegara por fin a la Tienda de los Documentos, pero ya no había nada que pudiera hacer.

Me froté el brazo donde Mikhael me había golpeado. *Palillo*. Odiaba ese mote. *No me llamabas Palillo cuando estabas borracho de kvas y tratando de toquetearme en la fogata de primavera, patán miserable*, pensé con rencor.

No había mucho que ver en Kribirsk. De acuerdo con el Cartógrafo Jefe, había sido una ciudad dormitorio los días antes de la Sombra, poco más que una plaza principal polvorienta y una posada para los agotados viajeros de la Vy. Pero ahora se había convertido en una especie de ciudad portuaria en ruinas, expandiéndose alrededor de un campamento militar permanente y los muelles secos donde los esquifes de arena esperaban para transportar a los pasajeros a través de la oscuridad hacia Ravka Occidental. Pasé por tabernas, bares y lo que seguramente fueran burdeles destinados a satisfacer a las tropas del Ejército del Rey. Había tiendas que vendían rifles y arcos, lámparas y antorchas, todo el equipamiento necesario para un viaje a través de la Sombra. La pequeña iglesia con sus paredes encaladas y relucientes cúpulas bulbiformes se encontraba sorprendentemente bien mantenida. *O quizás no sea tan sorprendente*, pensé. Cualquiera que planeara viajar a través de la Sombra haría bien en detenerse a rezar.

Encontré el camino hasta donde se alojaban los topógrafos, deposité mi equipaje sobre un catre, y me

apresuré a ir a la Tienda de los Documentos. Para mi alivio, no vi por ningún sitio al Cartógrafo Jefe, por lo que pude colarme dentro sin que nadie se diera cuenta.

Al entrar en la tienda de lona blanca, sentí que me relajaba por primera vez desde que vi la Sombra. La Tienda de los Documentos era básicamente la misma en cada campamento que había visto, llena de luces brillantes y filas de mesas de dibujo donde los artistas y topógrafos se inclinaban sobre su trabajo. Tras el ruido y los empujones del viaje, había algo reconfortante en el crujido del papel, el olor de la tinta y los suaves rasguños de los plumones y pinceles.

Saqué mi cuaderno de bocetos del bolsillo de mi abrigo y me senté en una mesa de trabajo junto a Alexei, que se giró hacia mí y susurró con irritación:

—¿Dónde has estado?

—A punto de ser arrollada por el carruaje del Oscuro —respondí mientras cogía un trozo de papel limpio y hojeaba mis bocetos tratando de encontrar uno adecuado para copiar. Alexei y yo éramos ayudantes de los cartógrafos y, como parte de nuestro entrenamiento, teníamos que entregar dos bocetos o dibujos terminados al final de cada día.

Alexei tomó aliento con brusquedad.

—¿En serio? ¿Lo has visto de verdad?

—En realidad, estuve muy ocupada tratando de no morir.

—Hay formas peores de palmarla —fue su respuesta, y vio el boceto de un valle rocoso que estaba a punto de comenzar a copiar—. Puf. Ese no. —Hojeó mi cuaderno hasta llegar a la cresta de una montaña y le dio un golpecito con el dedo—. Este.

Apenas tuve tiempo de acercar la pluma al papel antes de que el Cartógrafo Jefe entrara en la tienda y se abalanzara por el pasillo, observando nuestro trabajo mientras pasaba.

—Espero que ese sea el segundo boceto que empiezas, Alina Starkov.

—Sí —mentí—. Sí, lo es.

En cuanto el Cartógrafo pasó de largo, Alexei susurró:

—Háblame del carruaje.

—Tengo que terminar mis bocetos.

—Toma —dijo exasperado, deslizándose hacia mí uno de los suyos.

—Sabrá que es tuyo.

—No es muy bueno. Seguro que puedes hacerlo pasar por uno de los tuyos.

—Ese es mi Alexei —refunfuñé, pero no le devolví el boceto. Era uno de los ayudantes con más talento, y él lo sabía.

Alexei me sacó hasta el último detalle sobre los tres carruajes Grisha. Me sentía agradecida por el boceto, así que hice lo que pude para satisfacer su curiosidad

mientras terminaba el dibujo de la cresta de la montaña y medía con el pulgar algunos de los picos más altos.

Para cuando terminamos, ya estaba anocheciendo. Entregamos nuestro trabajo y caminamos hasta la tienda comedor, donde esperamos en fila a que un cocinero sudoroso nos sirviera unas cucharadas de estofado turbio. Después nos sentamos junto a algunos de los otros topógrafos.

Me pasé toda la cena en silencio, escuchando a Alexei y los demás intercambiar cotilleos sobre el campamento y charlar sobre la travesía del día siguiente. Alexei insistió en que volviera a contar la historia de los carruajes Gris-ha, que fue recibida con la mezcla habitual de fascinación y temor que recibía cualquier mención del Oscuro.

—No es humano —dijo Eva, otra ayudante; tenía unos bonitos ojos verdes que no lograban apartar la atención de su nariz de cerdito—. Ninguno de ellos lo es.

Alexei resopló.

—Por favor, Eva, ahórranos tus supersticiones.

—Para empezar, fue un Oscuro el que creó la Sombra.

—¡Eso fue hace cientos de años! —protestó Alexei—. Y ese Oscuro estaba totalmente loco.

—El de ahora es igual de malo.

—Ignorante —dijo Alexei, desestimando sus palabras con un gesto de la mano. Eva lo miró ofendida y le dio la espalda pausadamente para hablar con sus amigos.

Me quedé callada. Yo era más ignorante que Eva, a pesar de sus supersticiones. Solo sabía leer y escribir gracias a la caridad del Duque, pero Mal y yo teníamos un acuerdo no verbal por el que no mencionábamos Keramzin.

Como si hubieran estado esperando, un estruendoso estallido de risas me sacó de mis pensamientos. Miré por encima del hombro. Mal era el centro de atención de una ruidosa mesa de rastreadores.

Alexei siguió mi mirada.

—¿Cómo os hicisteis amigos vosotros dos?

—Crecimos juntos.

—No parece que tengáis mucho en común.

Me encogí de hombros.

—Supongo que es fácil tener cosas en común cuando eres un niño.

Como la soledad, el recuerdo de unos padres que estábamos destinados a olvidar, y el placer de saltarnos las tareas para jugar en nuestro prado.

Alexei parecía tan escéptico que tuve que reírme.

—No siempre fue el Increíble Mal, experto rastreador y seductor de chicas Grisha.

Alexei se quedó boquiabierto.

—¿Ha seducido a una chica Grisha?

—No, pero estoy segura de que lo hará —murmuré.

—Entonces, ¿cómo era?



—Era bajito y rechoncho, y le daba miedo bañarse  
—dije con satisfacción.

Alexei lo miró.

—Supongo que las cosas cambian.

Me froté la cicatriz de la palma con el pulgar.

—Supongo que sí.

Limpiamos los platos y salimos de la tienda comedor a la fría noche. Dimos un rodeo de camino a los barracones para pasar junto al campamento de los Grisha. El pabellón Grisha realmente era del tamaño de una catedral, cubierto de seda negra, con banderines azules, rojos y púrpura ondeando en las alturas. Escondidas en algún lugar tras él se encontraban las tiendas del Oscuro, custodiadas por Corporalki Mortificadores y la guardia personal del Oscuro.

Cuando Alexei se hartó de mirar, nos pusimos en marcha de vuelta a nuestros aposentos. Él se quedó callado y comenzó a hacer crujir los nudillos, y yo sabía que ambos estábamos pensando en la travesía del día siguiente. A juzgar por el humor sombrío de los barracones, no éramos los únicos. Algunos ya estaban en sus catres, durmiendo (o intentándolo), mientras que otros estaban apiñados junto a las lámparas, hablando en voz baja. Algunos estaban sentados sosteniendo a sus iconos, rezando a sus Santos.

Desenrollé mi petate sobre un catre estrecho, me quité las botas y colgué el abrigo. Después me metí

retorciéndome entre las mantas forradas de piel y miré hacia el techo, esperando a quedarme dormida. Estuve así mucho tiempo, hasta que todas las lámparas se extinguieron y los sonidos de conversación dieron paso a suaves ronquidos y los roces de los cuerpos.

Al día siguiente, si todo iba según lo planeado, cruzaríamos sin peligro hasta Ravka Occidental, y vería por primera vez el Mar Auténtico. Allí, Mal y los otros rastreadores cazarían lobos rojos, zorros marinos y otras preciadas criaturas que solo se encontraban en el oeste. Yo me quedaría con los cartógrafos en Os Kervo para finalizar mi entrenamiento y ayudar a registrar mediante dibujos cualquier información que lográramos averiguar en la Sombra. Después, por supuesto, tendría que volver a atravesar la Sombra para volver a casa, pero era difícil pensar en algo tan lejano.

Seguía completamente despierta cuando lo oí. *Tap, tap.* Pausa. *Tap.* Y otra vez: *tap, tap.* Pausa. *Tap.*

—¿Qué está pasando? —murmuró Alexei, adormilado, desde el catre más cercano al mío.

—Nada —susurré, levantándome y poniéndome las botas.

Cogí mi abrigo y salí de los barracones tan silenciosamente como pude. Al abrir la puerta oí una risita, y una voz femenina habló desde algún lugar de la oscura habitación:

—Si es ese rastreador, dile que entre a darme calor.

—Si quiere contagiarse de algo, estoy segura de que serás su primera opción —dije con dulzura, y me interné en la noche.

El frío aire me daba punzadas en las mejillas, y enterré la barbilla en el cuello de mi abrigo, deseando haberme detenido para coger la bufanda y los guantes. Mal estaba sentado en la desvencijada escalera, dándome la espalda. Más allá, vi a Mikhael y Dubrov pasándose una botella bajo las brillantes luces del sendero.

Fruncí el ceño.

—Por favor, dime que no me has despertado para informarme de que vas a ir a la tienda Grisha. ¿Qué quieres, consejos?

—No estabas durmiendo. Estabas despierta, preocupada.

—Error. Estaba planeando cómo colarme en el pabellón Grisha para ligarme a algún Corporalnik guapo.

Mal se rio, y yo titubeé junto a la puerta. Esa era la parte más difícil de estar con él, además de las torpes acrobacias que le obligaba a hacer a mi corazón. Odiaba esconder cuánto daño me producían las tonterías que hacía, pero odiaba aún más la idea de que se enterara. Pensé en darme la vuelta y volver al interior, pero en lugar de eso me tragué los celos y me senté junto a él.

—Espero que me hayas traído algo bonito —dije—. Los Secretos de Seducción de Alina no son baratos.

Él sonrió.

—¿Puedes apuntármelo en la cuenta?

—Supongo. Pero solo porque sé que eres de fiar.

Escudriñé la oscuridad y observé a Dubrov mientras bebía de la botella y después daba un bandazo hacia delante. Mikhael estiró el brazo para estabilizarlo, y los sonidos de sus risas flotaron hasta nosotros por el aire nocturno.

Mal sacudió la cabeza y suspiró.

—Siempre intenta seguirle el ritmo a Mikhael. Seguramente acabará vomitándome en las botas.

—Lo tienes bien merecido —repliqué—. Entonces, ¿qué estás haciendo aquí?

Cuando comenzamos el servicio militar un año antes, Mal me visitaba casi cada noche, pero llevaba meses sin venir.

Él se encogió de hombros.

—No sé. Parecías muy abatida en la cena.

Me sorprendía que se hubiera dado cuenta.

—Estaba pensando en la travesía —respondí con cuidado. No era exactamente una mentira. Me aterrorizaba entrar en la Sombra, y estaba claro que Mal no tenía que saber que Alexei y yo habíamos estado hablando de él—. Pero me conmueve que te intereses.

—Eh —dijo él con una sonrisa—, me preocupo por ti.

—Si tienes suerte, un volcra me comerá para desayunar mañana y no tendrás que inquietarte más.

—Sabes que estaría perdido sin ti.

—Tú no has estado perdido en la vida —me burlé. Yo era la que hacía los mapas, pero Mal era capaz de encontrar el norte con los ojos vendados sin despeinarse siquiera.

Me golpeó el hombro con el suyo.

—Ya sabes lo que quiero decir.

—Claro —asentí, pero no lo sabía. En realidad no. Nos sentamos en silencio, observando las vaharadas que producía nuestro aliento en el aire helado.

Mal se miró la punta de los zapatos y dijo:

—Supongo que yo también estoy nervioso.

Le di un codazo y contesté con una confianza que no sentía:

—Si pudimos con Ana Kuya, podremos con unos cuantos volcra.

—Si no recuerdo mal, la última vez que nos cruzamos con Ana Kuya te dio un par de bofetones y nos mandó a limpiar los establos.

Hice una mueca de dolor.

—Estoy intentando tranquilizarte. Al menos podrías fingir que lo estoy consiguiendo.

—¿Sabes qué es lo más raro? —susurró—. A veces la echo de menos.

Hice lo que pude para esconder mi asombro. Habíamos pasado más de diez años de nuestras vidas en Keramzin, pero normalmente me daba la impresión de que Mal quería olvidarlo todo sobre ese lugar, tal vez incluso a mí. Allí había sido otro refugiado perdido, otro huérfano que se sentía agradecido por cada bocado de comida, cada par de botas usadas. En el ejército, se había ganado su propio lugar, un lugar donde nadie tenía por que saber que había sido un niño abandonado.

—Yo también —admití—. Podríamos escribirle.

—Podríamos —dijo él.

De pronto, estiró el brazo y me cogió la mano. Traté de ignorar la pequeña sacudida que me atravesó.

—Mañana a esta hora estaremos sentados en el puerto de Os Kervo, mirando el océano y bebiendo *kvas*.

—Miré a Dubrov, que se balanceaba hacia delante y hacia atrás, y sonreí—. ¿Y Dubrov?

—Solo tú y yo —dijo Mal.

—¿En serio?

—Siempre seremos solo tú y yo, Alina.

Por un momento, parecía que fuera verdad. El mundo era ese escalón, ese círculo de luz que arrojaba la lámpara, nosotros dos suspendidos en la oscuridad.

—¡Venga! —bramó Mikhael desde el camino.

Mal se sobresaltó como un hombre al que sacaran de su sueño. Me dio un último apretón en la mano antes de soltarla.

—Tengo que irme —dijo, con su sonrisa despreocupada ya en su lugar—. Intenta dormir un poco. —Dio unos saltitos desde las escaleras y salió corriendo para unirse a sus amigos—. ¡Deséame suerte! —gritó por encima del hombro.

—Buena suerte —contesté automáticamente, y después quise darme una patada. *¿Buena suerte? Que te lo pases muy bien, Mal. Espero que encuentres a una Grisha muy guapa, que os enamoréis perdidamente, y que tengáis un montón de bebés preciosos y asquerosamente especiales.*

Me quedé paralizada en el escalón, observándolos desaparecer por el sendero, sintiendo aún la cálida presión de la mano de Mal sobre la mía. *Bueno*, pensé mientras me ponía en pie. *Quizás se caiga a una zanja por el camino.*

Volví con lentitud hasta los barracones, cerré la puerta firmemente, y me acurruqué agradecida en mi catre.

¿Saldría del pabellón esa chica Grisha de pelo negro para encontrarse con Mal? Alejé ese pensamiento. No era asunto mío y, en realidad, no quería saberlo. Mal nunca me había mirado como miró a esa chica, ni siquiera como miraba a Ruby, y nunca lo haría. Pero el hecho de que siguiéramos siendo amigos era más importante que todo eso.

*¿Durante cuánto tiempo?*, dijo una voz fastidiosa dentro de mi cabeza. Alexei tenía razón: las cosas cambian. Mal había cambiado a mejor. Se había vuelto más guapo, más valiente, más atrevido. Y yo me había vuelto... más alta. Suspiré y me di la vuelta. Quería creer que Mal y yo siempre seríamos amigos, pero tenía que enfrentarme al hecho de que seguíamos caminos distintos. Tumbada en la oscuridad, esperando a que llegara el sueño, me pregunté si esos caminos simplemente seguirían alejándonos más y más, y si llegaría el día en que volveríamos a ser extraños el uno para el otro.